

Los sonidos cotidianos que escucho a mi alrededor me hacen sentir un profundo alivio y bienestar. Los golpes certeros de los prensadores de café en la máquina del bar que antes, quizá, me resultaban violentos, me relajan y comienzan las sensaciones apagadas por el largo tiempo sin poder salir. El olor intenso a café y las conversaciones de la gente me hacen sentir vivo.

Rasgo el papel del sobre de azúcar y lo vierto perversamente en el café con leche dejando a un lado que no me conviene consumir productos azucarados. Disfruto del peso de la cuchara en mi mano y remuevo el café con un tintineo mágico del metal contra la porcelana. Al lado de la taza, me espera un apetitoso pincho de tortilla de patata.

Las distintas texturas se mezclan en mi boca y doy un pequeño sorbo de café con leche caliente. Mi mente vuela a muchos años atrás y recuerdo cuando era niño y mi madre cocinaba la tortilla de patata en la cocina. Éramos ocho en casa y yo era el encargado de visitar el gallinero y recoger los huevos para la tortilla. Utilizaba una cesta de mimbre, más alta que ancha por lo que tenía que ser cuidadoso a la hora de depositar mi encargo. Después de llevarlos, me sentaba en la cocina y observaba a mi madre cómo pelaba las patatas, las limpiaba y las ponía a freír.

El olor a patata y aceite hirviendo inundaba la estancia y me encantaba. Pero lo que yo esperaba con fervor era el momento en el que mi madre, magistralmente, y con la ayuda de un plato volteaba la tortilla de nueve huevos sin esfuerzo alguno y volvía a deslizarla en la sartén para terminar de hacerla. En mi familia, la tortilla nos gustaba bastante hecha y con un poco de cebolla. En ese tiempo en la cocina, también me encargaba de ir a por el vino a la fresquera, de poner la mesa y revisar la gloria. Las comidas y cenas en familia eran un maravilloso ritual en el que todos tenían su cometido.

En la mesa, además, no faltaba una contundente hogaza de pan. Ese pan que sólo con mirarlo te alimentaba, que olía a rosquillas. Mi abuelo era panadero y sé valorar un pan en condiciones. El pan de ahora no tiene vida, no está cocido. Decidí hace años dejar de comer su interior, retiro la miga y solo como la corteza. Manías de hombre mayor.

No recuerdo mejores sabores que los de los platos de mi madre. Ahora que soy perro viejo, veo que esta frase es recurrente en todas mis amistades. Me da por pensar que quizá tenga que ver con el apego a la familia que se tiene en esos años y es así como esos olores y sabores con los que creces te marcan para siempre.

Tras la visita al bar de mi barrio, salgo a la calle. Apenas hay gente paseando. Hace un día de perros. El cielo está encapotado y el viento norte, hace que desees estar en casa. Aprovecho y me quito la mascarilla. Ya no infrinjo la ley si no la llevo pero todavía me estremece la culpabilidad por ello. El viento helado me azota la piel y lo inspiro con tanta fuerza que me da la tos. Se me cae el sombrero al suelo y lo recojo con rapidez, todavía estoy ágil.

Llevo sombrero como el que lleva calcetines. Llevo sombrero desde que me casé. La obsesión de la gente de valorar el aspecto externo y aún más, la osadía de sus comentarios y cansado de escuchar que tenía poco pelo, me planté un sombrero. Lo compré en la mejor tienda de la Plaza Mayor, al lado del ayuntamiento, me costó trescientas cincuenta pesetas. Por lo que este sombrero tiene cincuenta años. Las cosas de antes sí que estaban bien hechas, con buena materia prima y con corazón.

No valoré suficiente esta actividad cuando se podía hacer sin reservas. La llevaba a cabo de manera rutinaria sin saber que ir al bar era lo que me daba identidad. Las idas y venidas, la conversación con el camarero y esa consumición, me daban la fuerza para levantarme por la mañana. Me vestía, me arreglaba y salía al bar, a... mi momento. Los

meses que pasé confinado, asomado a la ventana, pasando los días sin sentirlos y sin poder ir al bar, ese tiempo, no fui yo.

Al volver a casa, recibo una cariñosa bienvenida: “¿qué tal has pasado la mañana?” y yo, contesto: “ha sido como volver a empezar”.